

# David del Rey



40¢

ABRIL

15 DE 1948

VOL. 2 AÑO 2



PRIMERA EXPOSICION DE PINTURA que organizó el Centro Bohemio en el Museo de Guadalupe y que tuvo una resonancia enorme. En primer término se ve a Zuno y más atrás de Xavier Guerrero, dos de los fundadores del Centro, con otros artistas que visitaron la gran exposición allá por el año de 1910 a 1911.

# JOSE G. ZUNO III

Terminada la enseñanza en la escuela de don Aurelio Ortega, con un año de retardo porque ese tiempo viví con mi madre y mis hermanos en La Barca, pasé al Liceo de Varones a cursar la Preparatoria. Es el mismo local que ahora ocupa el Museo de Guadalupe que dirijo. Por estos mismos corredores, bajo estas arquerías, en los salones de los dos pisos, viví unas horas intensas e inolvidables. Maestros venerables de tan respetable aspecto que parecían una colección de retratos de fines del siglo diecinueve y que casi eran considerados por nosotros como iconos. Don Manuel

rra de los Pasteles, pues en cierta ocasión se despachó limpia y bonitamente a tres zuavos franceses en las calles de Acatlán de Juárez, donde estuvo de guarnición; don Luis Pintado, que también fué Prefecto. Y como una especie de centinela de esta galería de hombres ilustres, recuerdo al portero Sixto, de quien aún hablan las actuales generaciones estudiantiles que lo alcanzaron a conocer, no como un vigilante recto e inmovible —estatua de piedra que cumplía su deber sin ninguna tolerancia— sino como un remedo de todo ello, ya que se

podieron atraer hacia su arte. Llevábamos a la clase, para desafiarnos, limones y tamarindos que comíamos cuando el solfeo era más animado; y aún llegamos Ayala y yo, en cierta ocasión, a regar la tarima del maestro con polvos de valeriana que a poco llenaron los ámbitos del salón con un insoportable olor a queso pedrido, poniendo fin a los cánticos con una desbandada general.

En el grupo de traviesos ocupaba yo preferente lugar y salvo en las clases de francés, con don Manuel Puga y Acal y con don Luis Corro: en las de dibujo con don Luis

## Reminiscencias de mi Vida

Tortolero, pálido y tieso, de pocas y sabias palabras; don Juan Oliva, botánico de buen humor que a todos nos hablaba con apodos; don Luciano Blanco, anciano de blanca cabellera, muy alto, bondadoso y constante maestro; don Andrés Puga que nunca perdió su irónica rigidez con los alumnos; don Benjamín Romero el matemático que al igual que sus colegas Blanco, Tortolero, Puga y Acal, Corro, José Tomás Figueroa, Bancalari y Pintado, asistía a la cátedra con jaquet o con levita; don Tomás V. Gómez, el gramático; don Celedonio Guardado, el esgrimista héroe de la Gue-

dió a la embriaguez en sus últimos años, por causas ignoradas.

Las clases de mi mayor agrado eran las de dibujo y modelado y las de canto. Las primeras, porque mi afición al dibujo fomentaba por mi padre, a ellas me llevaba; las segundas, porque en ellas se armaban regocijados alborotos en los que éramos principales actores Antonio Ayala Jr., Miguel Baeza, Rafael Buelna y yo. Los maestros eran músicos muy acreditados en la ciudad; pero nosotros no supimos apreciar aquellos méritos y ni los señores Michel y Godínez ni otro maestro a quien llamábamos La Ardilla, nos

Vázquez Foncerrada, dos Jesucito Mendoza y el señor Mendiola; y en las de Historia con don Francisco Escudero, en las demás era descuidado. Pero en cambio fui muy cumplido en las antes mencionadas, cosa que me valió el particular afecto de mis maestros, el cual perduró por muchos años.

Con mi afición al dibujo, estaba constantemente lápiz en ristre, haciendo caricaturas y monos aún en las márgenes de los libros. Ello me hizo en cierto modo popular entre los alumnos y algo en la ciudad, al grado de que, cuando se inició la campaña presidencial allá por los

años de 1906 y 1907, el director de uno de los periódicos reyistas, llamado don Ramón Figuera, fué hasta el Liceo en mi busca y me contrató como dibujante de su periódico "El Perico", del cual llegamos a hacer tirajes enormes, pues el general Reyes fué tan popular como ningún otro candidato, ni antes ni después de él. El clavel rojo era el distintivo usado por sus partidarios y era rara la persona, sin distinción de sexos ni de edad, que no lo llevaban sobre el pecho. Para poder hacer las caricaturas del Perico, aprendí el oficio de litógrafo en la casa de los señores Loreto Ancira, pues no había taller de rotograbado en la ciudad y tanto mi compañero de labores, Carlos Sthal como yo, dibujábamos en las piedras litográficas directamente. Eramos los únicos caricaturistas de la ciudad; pero pron-

to creció el número con la llegada de los Estados Unidos de Germán Gutiérrez Santa Cruz, y de Xavier Guerrero que vino de Chihuahua, y con Alberto Venegas, José Ceballos, Carlos Orozco, Alfredo Romo y otros, que se iniciaban aquí.

Pero tomemos el hilo desde más arriba, desde el reyismo.

El General entró en componendas con su compadre don Porfirio y abandonó a su enorme partido, que se disolvió en medio de las desilusiones y denuedos de todo el mundo. Una buena parte de sus amigos se filió al maderismo. Entonces fué cuando conocí a don Alberto Macías, periodista antireeleccionista con quien me ligó grande amistad y comunidad de ideas, siendo él quien me inició en la Institución Ma-

sónica. Cuando vinieron los corralistas en jira de propaganda, los estudiantes nos organizamos en derredor de Ramón Plancarte y acudimos a la Estación de los Ferrocarriles armados de garrotes y pitando flautas y silbatos de barro en forma tal, que la jira constituyó un sonado fracaso del porfirismo. Pero las cosas se pusieron aún más graves en el Liceo, pues a los maestros se les ocurrió encerrarnos ahí, a la semana siguiente de estos acontecimientos, porque la agitación era enorme en todas partes. Rafael Buelna encabezó entonces un asalto al cancel de fierro del portón de la entrada y lo echamos abajo entre todos, saliendo tumultuosamente por la ciudad. Como resultado final, fuimos expulsados muchos de nosotros,



LA SEMANA DE JALISCO en el Palacio de Bellas Artes, durante el año de 1943, con exposición pictórica de obras jaliscienses modernas y retrospectivas, dió origen para que José G. Zuno ofreciera al grupo de artista de Jalisco que aparecen en esta foto, un banquete en el Paseo de la Reforma. Ellos son: Ramiro Villaseñor y Villaseñor, sentado adelante; Emmanuel Palacios, María Izquierdo, Roberto Montenegro, José Clemente Orozco, Trini Sevilla y Rubén Mora Gómez, de izquierda a derecha en las sillas; atrás, Jorge González Camarena, Juan Víctor Arauz, Carlos Orozco Romero, José Luis Figueroa, José G. Zuno, Enrique Martínez Ulloa y Alvaro Mateute; al fondo: el doctor Francisco Marín, Jesús Guerrero Galván el licenciado Arturo Hernández y Xavier Guerrero.

Unos se fueron a estudiar a Guajuato, como Juan Cárdenas y Miguel Baeza; otros a San Luis Potosí, y Buelna, López Zamarripa y yo, después de intentar sostener aquí un periódico que se llamó "Rigoletto", nos radicamos en México y entramos a la redacción de "El Constitucionalista", órgano de los Madero. El director era el periodista Rafael Martínez, Rip-Rip y después, cuando éste fué preso, quedó en su lugar Heriberto Frias, el literato sinaloense.

La Revolución estalló en 1910 y luego del triunfo del maderismo regresamos muchos a Guadalajara. Carlos Sthal, vuelto de Europa, regentaba el Cine Verde; yo trabajaba en el Rastro Nuevo con los señores López Velarde, y en esos días llegó Xavier Guerrero de Chihuahua, de donde es oriundo, acompañando a su cuñado que fué aquí pastor evangelista. Sthal y yo nos reuníamos diariamente en el Cine y en esa época conocimos a Guerrero, que decoraba entonces el llamado "palacio de las vacas", de don Emeterio Díaz. Los tres planeamos la instalación de un taller de pintores, para lo cual alquilamos una casita en la Avenida Colón, dentro de otras muchas que tenía don Guillermo Camarena fuera de su huerta grande, cerca de la Garita de Mexicaltzingo; pero nos cambiamos de ahí muy pronto; porque nos robaron nuestros estuches y caballetes, ya que nadie se quedaba en la noche.

Por ese tiempo el grupo ya se había aumentado con Juan Antonio y Ramón Córdova, con Enrique Díaz de León, con Manuel Martínez Valadez, con Alfredo Romo, con Amado de la Cueva, con Juan Farias —que después se llamó Ixca— con Gustavo Cristo y Juan de Dios Robledo. Todos aportaban algo para el sostenimiento y formación del taller. Más tarde vinieron con nosotros Agustín Basave, Javier Enciso, Joaquín Vidrio, Alberto Venegas, Carlos Orozco y muchos músicos, entre los que recuerdo al violinista Campa, al maestro don José Rolón, a Roberto Gutiérrez Arriola, a Eugenio Padilla, a Ramón Se-

rratos, a Andrés Sandoval y a Alfredo Carrasco. También figuraron al poco tiempo, Guillermo Jiménez, Jesús Sauza González, José de Jesús Ibarra, Alberto Macías, Manuel Hernández Galván, Jesús S. Soto, Raziél Cabildo, Samuel Ruiz Cabañas, José D. Frias, Carlos Gutiérrez Cruz y David Alfaro Siqueiros.

En la ciudad era conocido el estudio como Centro Bohemio, pues en realidad éramos todos unos bohemios despreocupados. Hacíamos periódicos literarios y de caricaturas, organizábamos exposiciones de pintura y dábamos conferencias con mucha frecuencia; la casita llegó a estar realmente muy bien arreglada, con buena biblioteca que fué formando poco a poco con la ayuda de los amigos de aquí y de México, como el Dr. Atl y Rafael Buelna cuando llegó a ser prominente militar y político. Para todos nosotros el Centro Bohemio fué un lugar de trabajo, de grandes experiencias y de fructíferos estudios, que más tarde nos habían de servir a tal grado, que transformara la vida de cada uno de nosotros en una verdadera leyenda.

Recuerdo que hace pocos años, cuando vivían aún Enrique Díaz de León y Juan de Dios Robledo, reunidos en la casa de Ramón Córdova para una comida, Alfredo Romo se dirigió a cada quien para que por turno fuéramos diciendo cuál había sido nuestra más grande aspiración en la primera juventud, es decir, en la época en que la imaginación vuela sin obstáculos y ambiciona lo irrealizable. Estábamos ahí Luis R. del Castillo, Romo, Joaquín Vidrio, Cristo, Robledo, Ixca, Cuéllar, Enrique Díaz de León, Ramón Córdova y yo; y ninguno relató ningún deseo que no fuera realizado con creces en el transcurso del tiempo, pues ahí estábamos cuatro que habíamos llegado a la gubernatura del Estado y seis habíamos sido presidentes municipales de Guadalajara. Todos llegamos a ser diputados; Ixca, munícipe y director del Museo del Estado y, según se dijo, nunca ambicionó más que ser esto último: Cuéllar y Luis R. del Castillo, dijeron que habían soñado algu-

na vez en ser directores de Rentas; Córdova con tener su consultorio y buena clientela; Cristo con ser abogado como yo; Robledo con tener un rancho; Joaquín Vidrio también; Enrique Díaz de León, con llegar a ser profesor de literatura, y Alfredo Romo con heredar la maderería de su papá.

Resultaba, por lo tanto, una especie de cuento de hadas aquella comparación de nuestros juveniles deseos con los que la suerte nos había traído.

Corríamos, cuando bohemios, celebradas aventuras y llegamos aún a figurar entre los militares resueltos y audaces. En más de una ocasión se resolvieron a nuestro favor peleas o disputas con los soldados.— Una vez, ya en la madrugada, pusimos en alarma a la ciudad, entablado nutridísimo tiroteo con los gatos desvelados y con las farolas de las esquinas; y validos de que nos acompañaban Siqueiros, Jesús S. Soto, Tomás Morán, Fernando González Madrid y Manuel Cuéllar, hermano de José María, —todos ellos del Estado Mayor del general Diéguez— fué tanto el parque que gastamos, que al día siguiente se aseguraba que el general Julián Medina había entrado a la ciudad, saqueando los cuarteles y retirándose después. Uno de los más asustados al día siguiente, era Juan de Dios Robledo, pues llegamos hasta su casa y le balaceamos la puerta.

También supimos ayudar a nuestros amigos cuando estaban en apuros políticos y no se redujo nuestro ingenio a las aventuras estrepitosas solamente, pues a Mariano Azuela pudimos salvarlo de la persecución de los carrancistas, a Jesús Ibarra de la de los villistas y a Ramón Córdova de la de los obregonistas de la primera época. Azuela nos ayudó mucho a salvar a Ibarra y a salvarnos nosotros mismos, pues fuimos aprehendidos Amado de la Cueva y yo, por ocultarlo. Y Buelna nos ayudó a salvar a Córdova e incluso lo dió de alta en su División, como cirujano dentista. En esa ocasión, mi hermano Alberto inició su carrera militar, invitado por Buelna para formarse en su columna.